

El rito del eterno retorno.

Por: Jaime Alonso Mesa Viana.

— ¡Están regalando patillas!

Este fue el grito que escuchamos. Ya era de mañana. El autobús llevaba más de cuarenta minutos detenido, su aire acondicionado estaba apagado y nos derretíamos de calor, como si estuviéramos ingresando en el área de influencia del infierno. Aunque aún estábamos bastante retirados de la cabecera municipal, el radio-receptor del modernísimo equipo de sonido del automotor ya sintonizaba a la emisora local, "Latoca estéreo". Sonaban las canciones de siempre, —"El Cebú", en versión de Pedro Laza, "La Miseria Humana", cantada por Lizandro Meza (nos contaron que el propietario de la emisora ordenó en una ocasión que quitaran "esa canción, que es horrible"), "A mi Dios Todo Le Debo", del Joe; por supuesto, "María Barilla", en versión de la Banda Municipal 26 de Abril— y yo ya, mentalmente, percibía el sonido que se genera cuando la tapa es separada de una muy, muy helada botella de cerveza.

— Oiga, yo voy a bajar por unas patillas para llevarle a mis papás.

Eso me dijo Raúl, con quien viajaba en esa ocasión. A Raúl lo había conocido en los estudios de "Latoca Estéreo", años atrás, cuando ambos soñábamos con ser "estrellas" de la radio. Por alegres circunstancias de la vida, los dos habíamos logrado tener acceso al restringido mundo radial de Barrancabermeja. Éramos casi infantes, pero ya nuestros talentos despuntaban y, en cierta medida, eran apreciados por los consagrados de la emisora, como coloquialmente llamábamos a "Latoca". En un principio, nuestra mayor alegría consistía en ser saludados "alaire" por el locutor de turno, circunstancia que constituía todo un privilegio, ya que el saludo no era prodigado a la manera de aquellos solicitados por una llamada telefónica. No, era un saludo, cómo decirlo, mucho más efusivo, como de alguien que saluda a su amigo o, mejor, a su colega. ¡Sí!, nos sentíamos colegas de aquellos experimentados hombres de radio.

Un par de años después, éramos nosotros, Raúl y yo, quienes estábamos frente al micrófono de la emisora y saludábamos a nuestros amigos. Comenzamos como asistentes —totalmente neófitos— de un programa que, a la sazón, carecía de nombre. Entonces su director, el gran Miky Santaolalla, ideó un concurso para que los oyentes propusieran el nombre y, de todas las propuestas, escoger un ganador. Eran, las de las emisiones del programa, noches agitadas, "pegados" al auricular de la "línea súper automática de Latoca Estéreo" —en realidad, un viejo teléfono de disco, color naranja, al que tocaba golpear suavemente para escuchar al afanado y agitado oyente—

recibiendo decenas y decenas de llamadas:

— Latoca estéreo, buenas noches.

— Gracias, para participar en el programa.

— Claro, con gusto, ¿cuál nombre sugiere para el programa?

— Quiero que se llame "micrófono alucinado", ah y ¿por favor me pone un disco de Chicago?

Aunque soportábamos cuarenta grados centígrados de temperatura a la sombra y, además, crecimos al arrullo de Alejandro Durán, Pedro Laza y sus pelayeros, el mismo Diomedes Díaz, para no hablar de Rocío Durcal, o Vicente Fernández, o qué decir del porro palitiao, de las tamboras que nos hacían mover hasta el último de los huesos, esto sin mencionar a un grupo cuyo nombre vine a conocer muchos años después: el grupo "Miramar", y, si siguiera, tendría que hablar de el Binomio de Oro, José Alfredo Jiménez, Jorge Villamil, Rodolfo Aicardi y si no paro ya mencionaré a Juancho Polo Valencia, Pastor López, Lucho Bermúdez, Pacho Galán, Alfredo Gutiérrez ... En fin, decía, aunque tal era nuestro espectro musical, queríamos "abrirnos al mundo" y programar música en inglés, además de algo que había dado en llamarse "rock en español". La emisora, desde sus inicios, había tenido un espacio par esa música del mundo.

El concurso llegó a su término y, sí señor, el nombre ganador fue "micrófono alucinado". En "micrófono alucinado", hice mis primeros "pinitos" como locutor. En esos días comencé a ser amigo de Raúl.

— Yo como que también voy por unas patillas para mi mamá— dije al tiempo que, caminando detrás de Raúl, descendía por las escalerillas del bus.

No bien había dado yo tres pasos, camino a las apetecidas sandías, cuando se escuchó un disparo, ante lo cual rápidamente regresé al autobús. Mi compañero, que ya estaba muy cerca del camión de las patillas, apresurado, corrió también hacia el bus. La razón por la cual el autobús permanecía detenido obedecía, simple y llanamente, a que la guerrilla había instalado uno de sus usuales "retenes". Era la primera vez que yo quedaba en medio de uno de ellos. De hecho me causó un gran impacto ver, en vivo y en directo, frente a frente, a un guerrillero. La causa de tan mentada repartición de patillas o sandías estribaba en que el frente guerrillero que operaba el "retén", obedeciendo a un acceso de socialismo frugal, se había apoderado de un camión que transportaba un cargamento de la jugosa fruta y, en orden litúrgico, daba a cada persona que se acercara una o dos sandías, de la misma forma en que un sacerdote imparte ostias a sus feligreses en el acto de la comunión.

Lo que siguió fue un estremecedor, intercambio de disparos, ráfaga sobre ráfaga, con un ingrediente adicional que a mí me resultó macabro: casi con la misma intensidad de los disparos, se escuchaban unas desgarradas carcajadas. Estas sonoras carcajadas, unidas al incesante traqueteo de las balas, impregnaban a aquella situación de un tinte dantesco. Mientras tanto, todos los pasajeros del bus permanecíamos acostados boca abajo esperando, con el alma en la mano, a que cesara el tiroteo.

Durante el intercambio de disparos yo, que también permanecía boca abajo, solo atinaba a pensar "somos población civil, no nos pueden hacer nada". Raúl, que estaba a mi lado, rezaba un mosaico de padrenuestros y avemarías. "Somos población civil, no nos pueden hacer nada", me repetía mentalmente.

En uno de esos angustiosos momentos levanté un poco la cabeza y mi mirada fue a dar con el auxiliar del conductor, quien, de forma desconcertante, permanecía sentado en su puesto y con una naturalidad tropical daba divertidos mordiscos a la sandía que él sí había alcanzado a reclamar.

— Tranquilos, tranquilos, quédense acostaditos, que ya se calma la cosa— nos decía este personaje, al tiempo que de su boca salían expulsadas las semillas de la sandía, imagen que, unida al sonido de las ráfagas, me hacía sentir que dentro del bus había otro tiroteo. De repente, y como atendiendo a lo dicho por el auxiliar patillero, el tiroteo cesó.

Un silencio de incertidumbre, tenso y angustiado, se apoderó de la situación. Todos permanecíamos boca abajo, inmóviles, callados. Fuera del bus también había silencio. Era como si el mundo hubiera quedado suspendido, en pausa. No sé cuanto tiempo estuvimos así.

Una carcajada, estremecedora y bárbara, rompió aquel aterrorizado silencio. Oímos algunas pasadas, pesadas y contundentes, seguidas de unas palabras ininteligibles. De pronto, sonó un disparo y todos temimos lo peor: que se reiniciara el combate.

— ¡Jueputa!— dijo con estruendo una voz.

— González, pásame un hijueputa cigarrillo— ordenó ahora la misma voz.

Sucedieron, nuevamente, incontables minutos de silencio. Yo no pensaba, mi mente estaba en completo blanco y mis oídos permanecían totalmente aguzados.

— Ya se pueden parar- nos dijo amablemente el auxiliar.

Todos los ocupantes del autobús nos miramos, unos a otros, como verificando que ninguno hubiera sido lesionado o herido. Algunos, como autómatas, aprisionaban

contra su pecho las patillas que habían alcanzado a recibir. Raúl tenía aún transfigurado de terror el rostro. Nadie se atrevía a abrir la boca. Sí, el mundo todavía estaba suspendido, en pausa.

—Marica, este país está jodido- musitó, por fin, Raúl. Yo permanecí en silencio.

—Si quieren bajar, ya se puede— Dijo el auxiliar, con un trozo de patilla en la mano. Desde luego, nadie se movió de su puesto. Nadie, excepto el auxiliar patillero, quien con pasmosa tranquilidad, descendió del bus.

Rompiendo el tácito protocolo de quietud, uno de los pasajeros, de forma tímida y asustadiza, se acercó a la salida del bus, asomó su cabeza al exterior, miró de lado a lado y, como tanteando la temperatura del agua de una piscina, vaciló antes de poner el primer pie en la escalerilla; al fin se decidió y bajó.

— Tenga cuidado— le aconsejó una pasajera. El osado curioso no respondió a la convención y desapareció de nuestra vista. Este acto, rompió el hielo y afloraron algunos comentarios.

— Esto está imposible— resolvió un señor calvo, de vientre abultado, como de 45 años de edad.

— Virgen santísima, a dónde iremos a parar— preguntó, sin tono de pregunta, una matrona que iba en traje de luto.

— Esto se puteó, va la madre— lanzó, estentóreo, un barbado hombre con camisa de cuadros.

— Disculpe, ¿más o menos dentro de cuánto podremos arrancar?— le pregunté al conductor.

— Toca esperar— recibí por respuesta.

Observé por una de las ventanas del bus que la carretera se encontraba llena de personas que iban y venían en romería. De un momento a otro, comenzó un desfile de ávidos y rapaces personajes que llevaban consigo paquetes, bolsas o cajas de diferentes tamaños y colores.

Mirando con mayor detenimiento, pude observar que las bolsas, paquetes o cajas contenían zapatos, pantalones, camisas y otras prendas de vestir. Esto me pareció descabellado, loco, no entendía de dónde proveían esas "mercancías".

— Están regalando ropa— dijo, sin asomo de emoción, la matrona de luto.

— No me crean tan huevón, esos manes están saqueando un camión— espetó, en

tono de rabia contenida, el hombre barbado con camisa de cuadros.

— Marica, yo voy a bajar para ver qué es la vaina— me dijo un repentino y sonriente Raúl.

Yo permanecí sentado en mi puesto. Por un instante reparé en las figuras de los otros pasajeros, en el negro solemne del vestido de la matrona, en la expresión de hastío del barbado camisa a cuadros, en la mirada expectante del calvo ventrudo, el delineado bigote del conductor que, en ese instante, abría una "bolsa de maní".

Pensé en la figura de Raúl, en su inesperado cambio de ánimo, pasando del terror a la frugal alegría. Imaginé mi rostro, mi cabello largo, recordé mi infancia, en la que no sabía por qué estaba vivo, (entre otras cosas porque nunca me lo preguntaba), pero me sentía feliz.

Pensaba en el motivo de ese inesperado y breve retorno a Barrancabermeja, veía a través de las ventanas a esos eufóricos que pasaban, en cantidades hormigueantes, con las manos llenas de pantalones y zapatos, sus gritos —¡vaya, apúrele que allá hay más!—, sentía el volumen de la música que, desde hacía unos minutos, sonaba nuevamente.

Cual si fuera un tropical, lampiño y esquelético papá Noel, Raúl regresó al bus, triunfante, cargando dos grandes bolsas de plástico en cuyo interior reposaban, doblados y etiquetados, tres pantalones de dril, además de dos pares de zapatos deportivos, una miríada de calzoncillos, una caja de pañuelos de algodón, cuatro frascos perfume "imitación marca" y cinco latas de cerveza.

— ¿Y este man qué?

— Marica, vaya que hay como ochocientos mil calzoncillos— me contestó Raúl

— ¿Qué?

— Apúrele, que ese camión se está quemando.

— ¡No existe la menor posibilidad de que yo baje a ese mierdero!

— Vaya, no sea huevón- me insistió Raúl, festivo, mientras abría una de las latas de cerveza.

Mi mirada buscó una vez más al espectáculo bíblico que se apreciaba del otro lado de los vidrios del bus. Mi asombro no cesaba. Estaba un poco confundido. Vamos a ver: ¿no acababa de terminar un pavoroso enfrentamiento armado, del cual, providencialmente, habíamos salido ilesos (y en esto me refiero tanto a los pasajeros

del bus como a los de la interminable hilera de automóviles que había quedado detenida en medio del tiroteo); Entonces, no entendía —aunque sí entendía— las alegres y exultantes caras de los cargados transeúntes.

Es decir, sí lo entendía. "Regalado, hasta un hueco", decían mis compañeros de elemental. Era evidente que la repartija, iniciada con las patillas, continuaba, ahora, plasmada en las mencionadas prendas de vestir. Fue cuando me pregunté si todo aquello que fuera sinónimo de "para todos" debería estar precedido por pugnas bélicas, de tiroteos, enfrentamientos, detonaciones y acribillados. ¿Ese era precio de la equidad, del "socialismo"?

Tengo el hábito de incumplir mis promesas, cuanto más contundentes sean. Una fuerza superior a mí me impelió a descender del gran automotor y, luego de adaptarme al brusco cambio de temperatura, (el autobús tenía en ese momento su sistema de aire acondicionado en su máxima potencia, contrastando con el tropical, selvático y húmedo calor que reinaba en el ambiente), observé, sorprendido, que el sector era patrullado, ahora, por efectivos del ejército regular. Si por sonidos fuera, nunca capté el momento del cambio de los "bandos".

Miré en dirección a la parte delantera del bus. Durante el tiroteo una bala hizo blanco en el motor de un camión que transportaba vestuario y accesorios. En ese momento entendí el "apúrele que ese camión se está quemando" de Raúl.

El camión, efectivamente, ardía y el fuego se extendía desde el motor, que estaba en la parte delantera, hacia la bodega de transporte, en la parte trasera. Pude observar que un hombre de no menos de 38 años, al que le faltaba una pierna, logró sujetarse con una mano de una de las barandas de la bodega trasera, acomodó en la misma estructura del camión las muletas que le servían de apoyo y con la única mano que le quedó libre sonsacó cuanta bolsa y paquete pudo. Ignoro si el cobrizo hombre, era, había sido, o pensaba ser malabarista o prestidigitador. Lo que sí sé es que, de manera magistral, logró aprisionar contra su ventrudo y sudado tronco, ayudado por una de las muletas, buena parte del botín "recuperado". Sin la ayuda de nadie, y como una hiena cuando huye con su carroña, el sudoroso prestidigitador se alejó del camión.

Movido por la histeria colectiva, cual robot, carente de voluntad, me dirigí hacia el incendiado camión en busca de "algo". Como si fuera sino en esa apocalíptica jornada, no bien di dos pasos, se oyó un disparo muy cercano. Temiendo un recrudescimiento del intercambio (de disparos, que no de calzoncillos), corrí despavorido en dirección al bus. Luego de no sé cuántos minutos boca abajo, los ojos cerrados, entendí que el disparo había sido proferido por un soldado del ejército regular para alejar a los "buitres" que merodeaban al camión, que terminó consumido por aquél fuego crepitante y estremecedor.

— Tome a ver— me dijo la voz de Raúl, al tiempo que estrellaba contra mi pecho una bolsa plástica transparente, rellena de una variopinta muestra de calzoncillos.

La situación se normalizó, (si por "se normalizó" entendemos que la hilera de automóviles seguía tan quieta como antes), es decir, era una hilera de *autoinmóviles*.

El enfrentamiento había cesado definitivamente, pero aún permanecían en la carretera el bus atravesado por la guerrilla y los restos del camión incinerado. No hubo más remedio que aceptar las cervezas que un avezado compañero de viaje había "rescatado" del incendio.

De la misma forma en que el tiempo se detuvo durante el tiroteo, la espera para que dieran paso nuevamente a los vehículos quedó diluida en los litros de cerveza que consumimos entre frases de alivio, chistes de mal gusto y gritos que, en una tácita catarsis esputábamos como desahogados.

Al final, el autobús reinició la marcha y, en otro acuerdo tácito, la babélica conversación cesó.

El bus quedó sumido en un angustioso silencio. Por fin, y con el alma de nuevo en el cuerpo, llegamos a Barrancabermeja.

— Alonso— dijo con una tibia expresión de sorpresa mi abuela, mientras desenroscaba la tapa del termo para servirme un tinto.

— Qué más, María— le respondí. A mi abuela materna nunca le dijimos "abuela", la llamábamos por su nombre, pero solo sus dos nietos mayores, es decir, mi hermana y yo (así como a nuestros tíos maternos tampoco les decíamos "tío" o "tía", simplemente su nombre).

— Pues, bien, aquí la mano está pesada. Todos los días aparece un muerto. Su tío Rafa tuvo que devolverse a Barranca porque se puso pesada la mano en Montería. Aquí le salió un contrato en "la empresa" (la empresa es el término con que toda Barranca, apócope de Barrancabermeja, se refiere a la Estatal Petrolera).

— Ah, qué vaina— le contesté mientras me aprestaba a dar el primer sorbo a esa madrugada taza de café.

— Su tía Írina en las mismas: bebiendo cerveza todos los días, armando escándalos borracha y sin trabajo pa mantener a los siete pelaos que tiene.

— Caramba— tuve a decir.

— Viana está bien— Viana, entiéndase, es mi abuelo. Mejor, Viana es el apellido de mi

abuelo, Pacho Viana, es decir Francisco. Por una razón que nunca entendí, pero que tuve por lo más natural del mundo, mi abuela llamaba a su esposo, es decir, mi abuelo, o sea Pacho Viana, por su apellido: "Viana".

— María, ¿y mi Mamá?

— Bien, en la finca. El otro día me trajo unos plátanos y unas yucas. Está bien. Hoy viene a Barranca.

— Ah, bueno- concluí.

Volver a Barrancabermeja, así solo fuera por un par de días, significaba regresar, regresar al espacio, regresar al tiempo, al clima. Era retornar al silencio de las doce meridiano, interrumpido únicamente por el arrullador y constante sonido del ventilador. Era regresar a los días idos, a los amigos, los vivos y los muertos, a la parranda ahogada en sudor y cerveza "helada", a ese desfile trágico de hombres morenos "chupando malla", esperando que su nombre fuera articulado por algún supervisor para poder estar un mes, dos, cuatro meses "trabajando en la refinería" y así tener para comprarle "la pinta del 24 al pelao", para comprar unas gallinas y hacer un sancocho en la puerta de la casa, en el "andén", con Diomedes Díaz a todo volumen y la cuadra entera feliz .

Volver, era repasar las calles y recodar que aquí mataron a Chacón (el día en que lo mataron, mi padre fue a buscarme al club, donde parrandeaba con mis amigos y, entre sorprendido y resignado, me espetó un "usted huele a ron". Contaba yo, entonces, con trece años de edad), que en esta otra a Leonardo Posada (con una placa conmemorativa citando unos versos de Miguel Hernández), que aún era niño cuando mataron a Lara Parada (cuyo cadáver pude observar por una fotografía exhibida en la vitrina de "Foto Estudios Moya"), que no sé dónde, mataron a David, hombre con muchas posibilidades de ser alcalde y familiar de una niña de la que fui novio y que me permitió, por primera vez, ver el cuerpo desnudo de una mujer y olerlo y tenerlo a mi disposición.

Volver era ir por la calle diez (hoy calle 50) mirar el local en el que mataron a Orlando Higueta, líder de la Izquierda Patriótica, movimiento surgido de uno de los tantos proyectos de procesos para buscar la paz: la "paz", otro de los tantos productos de consumo que se inventan para crearnos necesidades que no necesitamos; era pensar en que Higueta, de izquierda, simpatizante de los comunistas, con toda la carga cultural, con todo el imaginario de la izquierda "anti-imperialista" a cuestas, fuera el propietario de "Hamburguesas", el primer sitio de comidas rápidas, tipo americano, que yo conocía en mi vida.

Volver era recordar que el servicio social de mi último año bachillerato comencé prestándolo como vigía salvavidas en la piscina del "Parque Recreacional" hasta que descubrieron que no sabía nadar y lo terminé "alfabetizando" a los presos de la cárcel municipal, descubriendo, atónito, a un amigo de fiestas tallando figuras de madera en uno de los patios (nunca me saludó, aunque sí me miraba), comprobando, además, que Prontino Moya, fotógrafo y autor de un célebre uxoricidio, seguía pagando su pena, gordo y satisfecho.

Volver era, también salir, a la una de la tarde, en plena canícula, del "Instituto Antonio Nariño" con la camisa blanca del uniforme, enjuagada en sudor, el sol como un yunque que, incesantemente, cae sobre el rostro, los hombros, los brazos descubiertos: un sol alucinante que no deja escapatoria.

— Tome, tío— me dijo mi sobrino, al tiempo que extendía su brazo derecho para ofrecerme una congelada cerveza. Estaba yo ya en casa de mi hermana. Esa era mi "rutina" cada vez que viajaba a Barranca, (si por rutina se entiende que viajaba cada dos o tres años para pasar solo un par de días): llegar primero a casa de mis abuelos, tomar un café y luego trasladarme a donde mi hermana.

— Gracias Luchito— al tiempo, tomaba la cerveza y la bebía con avidez. Desde el fondo de la casa provenían un crepitar y un olor. No era posible separarlos, el crepitar estaba unido al olor y eso solo podía significar algo: ¡bocachico frito!, es más ¡bocachico frito por mi mamá!. Avancé hacia el fondo y, efectivamente, era mi madre sosteniendo el cucharón que volteaba y revolvió a los tres bocachicos que nadaban, ahora, en aceite hirviendo.

— Qué hubo, mijo— Me dijo mi madre con una alegría serena.

— Qué más, mamá— pregunté, sonriente mientras le daba un abrazo.

Qué raro. Durante los años de crianza mi madre nunca se refirió a mí como "mijo", siempre fui "Alonso", "Oncho", nunca "mijo". Presumo que es una manera de intensificar la cercanía que producen nuestros ahora breves reencuentros, lo cual me genera una intensa alegría y tranquilidad.

— Cómo está la niña— Me inquirió, aludiendo a Sarif, mi primogénita.

— Bien, mamá, creciendo.

— ¿Y la mamá?

— Bien, trabajando.

— Ah, me alegra. Por acá las cosas bien, Manuel en la finca y ...



En ese instante la conversación fue interrumpida por un estruendo acompañado de notas musicales.

— Es que el vecino salió jubilado y lleva una semana borracho— me dijo mi mamá, tratando de explicar la intempestiva bulla.

— Ah- dije por toda respuesta.

La jarana cesó. Mi madre procedió a servir la mesa con la preciada fritura: bocachico, patacón y yuca. Todo acompañado de una succulenta taza de suero, salsa de aderezo con cuyo sabor crecí y que hizo más amable mi proceso de compenetración con las ensaladas.

— ¿Qué va a tomar, limonada o cerveza?— inquirió, protocolaria, mi madre.

— ¡Limonada!— elegí entusiasmado, visualizando (y oliendo) la universal e inveterada "limonada de panela", bebida simple, contundente y deliciosa.

Lo que vino después fue una matutina parranda en la que, ahora, era nuestro componente de sonido el que blandía sonidos musicales en inconmensurables decibeles.

Como en anteriores oportunidades, terminaba yo bailando dos o tres canciones con mi madre ante la mirada sonriente de mi hermana y de mi sobrino; acto seguido (sentados, sendas cervezas en la mano), como era la costumbre, mi madre empezó a enumerar las mil y una pilatunas por mí hechas en mi infancia y, entre risas y tragos, llegaba la inevitable referencia a la muerte de mi padre, a la pérdida de nuestros bienes, a toda la debacle que, como cruzando un bosque lleno de plantas espinosas y de depredadores de todo tipo debimos soportar y que, en determinado momento, hizo de nosotros tres puntos cardinales, distantes apartados e inconfundibles. El cuarto punto, el norte, era mi padre.

Una atmósfera soporífera, alimentada por las incesantes escalas melódicas de los acordeones vallenatos y los mililitros (mejor, mil y un litros) alojados en mi paciente organismo y procesados por mi abnegado hígado, me invadió y, pronto, caí dormido.

— Un, dos, un, dos, tres y ...

Un riff de guitarra escapó por las mallas protectoras de las potentes cabinas de sonido; un grito paroxístico, unísono y acompañado de "los cuernos del rock", (famoso símbolo que consiste en contraer tres dedos de la mano y dejar extendidos únicamente los dedos índice y meñique) surgió de una multitud teñida de camisetas negras, largas cabelleras y manillas de puntas metálicas.

Yo inicié el beat básico en la batería con los gritos sostenidos del público. El bajo inició su rutina melódica y sobre nosotros la intensidad de los reflectores que nos iluminaban para los asistentes. El humo aromatizado se propagó por toda la tarima y, de repente, me sentí en otra dimensión.

Barrancabermeja, la ciudad intermedia, la de los inmigrantes buscadores de oro negro, la de los paisas, costeños, de santandereanos primigenios, la del vallenato de la sala de mi casa, la ciudad—pueblo—ciudad, la bendecida y maldita, ese rincón tropical del planeta, caluroso, caliente, cálido, puerto de putas, de filibusteros vernáculos y fluviales, villa invadida por el hierro y el dióxido de carbono, Constantinopla tórrida, convulsionada, concubina de un río, imán de ambiciosos, vecina de dos regiones geo—políticas, exuberante y aniquilada por la parranda, ahora, también, era campo fértil para el rock, esa inefable música, venida de otra víctima de la industrialización: el primer mundo.

— ¡Cómo está mi gente de Barranca!— preguntó una flameante y desgarrada voz.

Era la voz de Danny, ¡Danny!, un ícono, un símbolo de nuestros tiempos híbridos. Danny reunía todos los elementos de un personaje único y polisémico: era empleado del sector público, además tocaba el "alegre" en "Gaitambó", una agrupación folclórica exponente de la tambora, la gaita, de la cumbia y de todos esos aires llenos de velas y ron.

Otra cosa, Danny era vocalista y compositor de canciones de *heavy metal*, las letras de sus canciones atacaban al sistema para el cual trabajaba; en la mañana vestía su Jean y camiseta mientras trabajaba para el Estado; luego, en la noche, lucía pantalón de cuero y negra camiseta, cantando sus canciones "heavy" contra el mismo Estado mientras su público pogueaba en un frenesí tan alucinado como tribal y antes de que la noche acabara se transformaba, con un impecable traje blanco, pañoleta roja al cuello y sombrero de caña flecha, en "el tamborero" que arrancaba pasos acumbiados a las sudorosas almas barramejas, mientras ahogaban su conciencia en trago.

— ¡Vamos a metalear, hijueputa! ¡Vamos a demostrarle al mundo que en Barranca hay cultura!— gritaba Danny, ebrio de emoción.

Un grito prehistórico estremeció al recinto en que dábamos nuestra presentación y la banda sonó en su máxima potencia: fue la gloria.

— Chao Alonso, se cuida— fueron las palabras de mi mamá antes de que yo abordara el bus que me llevaba de regreso a la capital.

Después de un largo, nocturno y desvelado viaje regresé a las frías tierras capitalinas. La gran urbe me recibía llena de CO2 y miedo. Tomé un taxi, llegué a mi casa y, luego

